

A pesar de esta protesta y sobre su palabra de honor, el mayor Tydgar y sus veinte compañeros se fugaron de Tacámbaro, incorporándose á la fuerza de De Potier, cuando este jefe, dos días después de los sucesos que acabo de referir, ocupó aquella plaza. Tydgar falleció á poco, á consecuencia de sus heridas.

## CAPITULO XXVI.

(1865)

Ocupación de Zitácuaro por los imperialistas.—Atentados, ruina y miseria.—El incendio.—Nueva expedición de Régules.—La tropa envenenada.—Amagos á la plaza de Uruapan.—Acción del puente de San Isidro.—El ejército republicano en Quiroga.—Agentes de Arteaga en Morelia.—Conducta noble del prefecto del Moral.—Tropelías de Ugalde en Zitácuaro.—Pueblita marcha á reducirlo al orden.—Enemistad de Arteaga y Salazar.—De Potier en Quiroga.—Multa impuesta á los vecinos de esta villa.—Destierro de una señora.—Regreso de De Potier á Morelia.—Los tres hermanos González.—Prisión de señoras.—Infamia del jefe francés.—Protesta de del Moral.—Renuncia por tercera vez.—Trabajos fructuosos de los agentes de Arteaga.—Ugalde derrota á Clary.—Función de armas entre Pueblita y De Potier.—Depredaciones de este jefe en el Departamento de Zitácuaro.—Pueblita ataca el Valle de Santiago.—Acción de Tingüindín.—Cuarta y última renuncia de del Moral.

Queda dicho que la legión belga salió de México para Michoacán, dividida en dos fracciones, una de las cuales había marchado á Zitácuaro, á donde llegó el 20 de Marzo, reuniéndose allí con la sección del coronel Méndez que regresaba del Valle de Bravos. Ambas fuerzas formaron la guarnición de la ciudad.

Belgas y *mexicanos* vivían en constante alarma, porque las pequeñas partidas de chinacos se acercaban todos los días á tirotearlos, siendo impotentes los imperialistas para apoderarse de un solo guerrillero. Juzgaron, no sin acierto, que los habitantes de los pueblos y ranchos circunvecihos estaban en connivencia con ellos. Entonces la guarnición adoptó el sistema de desprender columnas ligeras para que cayesen inopinadamente á las aldeas y fincas de campo, las incendia-

ran é hicieran prisioneros á sus habitantes. Casi todos los días se veía en algún punto de los alrededores de Zitácuaro una columna de humo densa y oscura. Las familias que vagaban por los cerros inmediatos, exclamaban: "¡Ya están quemando á San Francisco!" "¡Ya se acabó San José del Molino!" y así respecto de los demás caseríos. Después se veían huír por los bosques mujeres y niños espantados aún al recuerdo de sus chozas incendiadas. En seguida entraba en Zitácuaro la expedición, conduciendo hombres con las manos atadas á la espalda ó arreando partidas de ganado y mulas cargadas de maíz. La ruina y la miseria sentaban sus reales en aquellos campos, un día antes abastecidos y risueños.

Los jefes republicanos que había en el Departamento mandaban partidas tan pequeñas, que no podían dar un golpe á la plaza ni batir las fuerzas que salían de ella, contentándose con tiroteos y escaramuzas que sólo servían para tener siempre fatigada á la guarnición. Por su parte los imperialistas quisieron ensayar el medio de disfrazar de guerrilleros á algunos de sus soldados, pero les fué funesto, pues en Tuxpan tuvieron un encuentro la banda del *Ranchero* y una partida de las de Angangueo, resultando del choque veinte muertos y mayor número de heridos.

La noticia de los sucesos de Tacámbaro se difundió con suma rapidez, y al llegar á Zitácuaro, enardecidos de venganza ú obedeciendo órdenes superiores, Méndez y los belgas llevaron á cabo un acto de barbarie. El día 15 la heroica ciudad fué entregada al incendio. El humo, negro, compacto, de inmenso volumen, se elevaba sobre las montañas, divisándose desde muy lejos; las familias de aquella población, ocultas entonces en los bosques vecinos, eran espectadoras de aquel cuadro espantoso, veían su hogar convertido en cenizas y su fortuna en humo y en pavesas.

Para que el incendio fuera completo, varios pelotones de belgas y de soldados *mexicanos* se diseminaron por las calles, avivando el fuego ó llevándolo á las casas que aún permanecían ilesas. En la plaza amontonaron los efectos que sacaron de las tiendas, barriles de aguardiente, manteca, aceites, cohetes. Se carcajaban al ver las lenguas de fuego que se des-

prendían de aquel foco de combustión y al oír el estruendo que producían las explosiones.

De toda la ciudad no quedaron más que las casas de D. Lorenzo y de D. Juan Antonio Rodríguez, por hallarse alojados en ellas los jefes imperialistas. Libertóse también la parroquia que servía de cuartel á la fuerza.

Después de este hecho infame, el destacamento se retiró tranquilo á Morelia. El incendio continuó por sí solo durante una semana.

Llamo la atención de los lectores sobre lo que sigue. Por aquellos días, el coronel Alzati, algunos otros jefes y varios vecinos de Zitácuaro, habían concertado entregar la ciudad á las llamas, á fin de que no sirviese de guarida al enemigo. Sólo se esperaba para realizar este sublime proyecto, el consentimiento de las familias, y á este efecto, los comisionados recorrían los montes en busca de aquellas personas, cuando Méndez y los belgas lo hicieron al impulso del odio y del despecho. Esta circunstancia ha dado pretexto á algunos historiadores imperialistas para imputar el incendio á los patriotas de Zitácuaro; pero hay que consignar la verdad, y ésta es la que aparece en mi relato.

La toma de Tacámbaro produjo en Morelia la sensación que era consiguiente á un hecho de tanta importancia. De Potier, que se había jactado de que Régules, al pasar por las goteras de la capital, iba en completa derrota, recibió la noticia como una bofetada. Inmediatamente salió para Tacámbaro al frente de una columna de franceses y traidores. Los republicanos habían ya evacuado aquella población, dirigiéndose el día 13 á Puruarán. En esta hacienda se quedó el general Arteaga, imposibilitado de caminar y sin más fuerza que el cuerpo "Lanceros de Jalisco." Riva Palacio y Régules, con el grueso del ejército, tomaron la dirección de Uruapan. Bueno es advertir desde ahora que no entraba en el plan de campaña atacar esta plaza; debía simplemente ser amagada, al propio tiempo que Pueblita, acercándose á Zamora y la Piedad, tenía la misión de atraer hacia el Poniente del Estado las columnas de De Potier, á fin de que Riva Palacio y

Régules pudiesen acercarse rápidamente á Morelia. Sobre este particular dice Zamacois:

“En Morelia, los agentes que tenía Régules (Arteaga que era el jefe) empezaron á trabajar en secreto, pero activamente, en disponer el ánimo de una parte del pueblo en favor de la causa republicana, y lograron que un número crecido se comprometiese á batir la guarnición que había en la ciudad en el momento que ésta fuese atacada por aquel jefe republicano, al cual comunicaron lo que se había dispuesto. Régules, deseoso de dar otro golpe, como el que había dado á los belgas, se puso de acuerdo con los agentes para caer de repente sobre Morelia.”

Este era el plan: veamos cómo lo modificaron los acontecimientos.

La tropa republicana tuvo que pasar á medio día (el 14) por un punto que se llama Urapa: los soldados iban fatigados, sedientos y sin haber tomado su rancho. Caminaban en plena tierra caliente y en una llanura en que no había más que pequeños arbustos esparcidos escasamente. Estas plantas ostentaban unas bayas de color carmesí, muy simpáticas á la vista.<sup>1</sup> Hacía ese calor insostenible que indica la proximidad del aguacero. Uno de los soldados cortó frutilla, la devoró con ansia, y dijo á sus camaradas que estaba dulce y aguanosa. En el acto muchos imitaron su ejemplo y comieron hasta hartarse. Cuando el general Régules y algunos oficiales trataron de impedirselo, ya no era tiempo. Antes de una hora comenzaron aquellos hombres á lanzar gritos extraños; soltaban de las manos los fusiles, caían en tierra con espantosas convulsiones. ¡La tropa estaba envenenada!

Ninguna medicina, ningún auxilio eran posibles en aquel desierto. Ario, que era la población más inmediata, tenía guarnición de imperialistas: no pasaban de doscientos soldados los que habían quedado en pie; más de mil y casi todas las soldaderas eran presa del tósigo.

Por fortuna se desató en aquel momento un formidable aguacero. Como no había donde guarecerse, los soldados recibieron el chubasco en su cuerpo, y sedientos aún, se echa-

<sup>1</sup> Tanto la planta como el fruto se conocen con el nombre de *petatillo*.

ron á beber el agua de los charcos. Esto los salvó. El agua es el antídoto de aquel veneno. Algunos, sin embargo, estuvieron varios días como locos, y seis de ellos fallecieron. Mucho tiempo duró vivo en la tropa el recuerdo de aquella escena espantosa.

Después de la tempestad, la División alcanzó á llegar al rancho de Urapa, donde pernoctó. De allí se dirigió el general Riva Palacio á Turicato, llamado por el general Arteaga, quien, por causa de sus enfermedades, necesitaba que le auxiliase en las labores del Cuartel General.

En cuanto á Régules, continuó al día siguiente su marcha por Pueblo Nuevo. El 16 estaba en la hacienda de la Purísima, y el 17 en la madrugada alcanzó á tirotear á la guarnición de Taretan que huía precipitadamente hacia Uruapan, dejando abandonados algunos fusiles y municiones que recogieron los republicanos. Estos avanzaron por el mismo camino que llevaban los fugitivos.

A eso de las once de la mañana, los exploradores de la guarnición de Uruapan avisaron al jefe de ésta, coronel Lemus, que los chinacos bajaban ya la cuesta de Taretan. Lemus salió inmediatamente á reconocerlos, llevando consigo un escuadrón de lanceros, al sub-prefecto D. Isidro Paz y á varios vecinos de la ciudad. A medio llano se encontraron con Garlica que los hizo regresar á toda prisa, persiguiéndolos á la lanza. Los imperialistas tuvieron un muerto y dos heridos. Don Isidro Paz *se dispersó* y no pudo presenciar los acontecimientos. En cambio, Lemus, que era un jefe de valor, en el acto y con toda sangre fría dispuso la defensa de la plaza, haciendo que su tropa cubriese el perímetro fortificado. A los vecinos, á quienes por la fuerza se sacó de sus casas, los puso avanzados fuera de las trincheras, en las esquinas de las dos plazas.

Régules penetraba ya en la población: desde San Francisco destacó una compañía de infantes que llegó hasta media cuadra distante de la plaza principal; allí se trabó un combate rápido en que los chinacos estrenaron las carabinas quitadas á los belgas. Los vecinos que defendían el punto se concentraron dentro de los parapetos, teniendo que lamentar

la muerte de uno de ellos, el recomendable joven D. Manuel Orozco.

Mientras esto pasaba, el grueso de la División seguía atravesando la ciudad por las calles de la Canoa Alta, San Miguel, San Juan Bautista y otras, para ir á acampar á la Quinta. Al pasar por las bocacalles que enfilaba el perímetro fortificado, la artillería de Lemus lanzaba sus proyectiles, por fortuna sin causar ningún daño á los liberales.

Régules vivaqueó y pernoctó en la calzada de la Quinta, á tiro de fusil del enemigo. Durante la noche no cesó el tiroteo entre los exploradores de ambas fuerzas.

Muy de mañana se dió el toque de levante en el campamento republicano, y después del de diana, ejecutó nuestra charanga aquel himno patriótico muy usado entonces entre los chinacos: "Zaragoza, á la vanguardia!" Como los traidores nunca han tenido un aire de guerra que se haya hecho popular, no pudiendo, por lo mismo, contestar con algo suyo, tocaron también y por vía de burla, "Zaragoza, á la vanguardia!" pero no se atrevieron á salir y batir á los republicanos. Régules levantó el campo y fué á vencer la jornada en Paracho.

Lemus estaba furioso de no haber podido salir á atacar á los chinacos, por no contar más que con cuatrocientos hombres de pelea; y su cólera llegó al colmo al ver que se retiraban, pues que si hubiesen batido la plaza, los habría rechazado con grandes pérdidas. Era déspota y arbitrario, y descargó su coraje en los vecinos que no se presentaron: puso presos á varios, multó á muchos é insultó á todos. Con quien estuvo implacable fué con D. Isidro Paz que apareció cuando el peligro había pasado, y á quien trató de cobarde y recluta.

También mostró Lemus un profundo disgusto contra su jefe superior, el general D. Luis Tapia, comandante de la línea de Pátzcuaro, porque habiendo salido de esta ciudad en persecución de Régules, en vez de ir en auxilio de Uruapan, se estuvo dando ejercicio á su tropa en la hacienda de Tomendán hasta el día 18, en cuya tarde, á hora muy avanzada, llegó á la plaza que había sido amagada. Lemus sacó, empe-

ro, la ventaja de que el general Tapia le dejara de refuerzo el batallón de Pátzcuaro.

El 19 salió Régules de Paracho; el 20 permaneció en Nahuatzen; el 21 pernoctó en Zacapu; el 22, pasando por Panindícuaro, llegó á la hacienda de Ururuta, y allí tuvo aviso de que De Potier, con mil ochocientos hombres, iba de Zipimeo por Copándaro, rumbo al Caulote, á donde llegaron el día 23, casi juntas, las dos fuerzas enemigas.

Antes de seguir narrando esta expedición, diré el motivo de haber cambiado Régules su ruta, sin marchar directamente sobre Morelia. Quiso primero ocultar su movimiento y luego hacer que se le incorporaran, como lo hicieron en efecto, en Zacapu, Domenzain, Bermúdez, Bravo y otros guerrilleros de Guanajuato. Se recordará que Pueblita recorría el Norte y Poniente de Michoacán. Ahora bien, De Potier tuvo oportunamente el aviso de que dicho jefe amagaba á Zamora, así como de que Régules marchaba sobre Uruapan. En auxilio de esta plaza mandó al general Tapia; pero temiendo que el objeto principal de Régules fuese unirse á la empresa de Pueblita, salió rápidamente rumbo á Zamora, y, cuando menos lo esperaba, se encontró con la primera División del Ejército del Centro en el pueblo del Cacalote, según queda dicho.

Régules, que había llegado primero, ordenó que su tropa forzase la marcha, y él se quedó á retaguardia con unos cien jinetes, cien hombres en la extensión de la palabra: eran Garnica y su hermano Simón, Rafael Domenzain, Juan Bermúdez, Estéban Bravo, Antonio Ledesma y oficiales y soldados escogidos en los cuerpos de caballería. ¡La flor y nata de los valientes!

El general *se paró* en el Puerto y allí estuvo tiroteando á la columna extranjera, hasta que la División trastumbó el cerro de la Leonera: entonces se retiró, tomando el camino del llano del Cuatro, con el fin de que los franceses lo persiguieran, en el supuesto de que por allí iba el grueso de la tropa republicana. En un momento oportuno, se les perdió detrás de un *mogote*. De Potier se quedó mirando por todos lados. El enemigo se le había evaporado, y no teniendo plan fijo, se di-

rigió á Huaniqueo, como si hubiese adivinado que allí iba á encontrarse de nuevo con Régules, al frente ya de su División.

Este jefe no podía librar una batalla formal, pues aunque tenía un efectivo de fuerza igual al de los franceses, sus soldados estaban fatigados con trece días de camino incesante, mal armados, con poco parque, y no teniendo la disciplina de sus contrarios. Pero al mismo tiempo quería dar á éstos una lección de audacia y de valor. Incorporado, pues, á los suyos, recogió de los depósitos y de los mismos soldados de filas la mayor parte de los cartuchos, y municionó con ellos doscientos hombres del batallón de Villada que, con los jinetes antes mencionados, eran los escogidos para la pelea. Dió orden de que el resto de la tropa, al mando del coronel D. José María Hernández, avanzase hasta Quiroga.

De Potier pretendió cortar la retirada de la División y destacó una pequeña fuerza á apoderarse del puente que está sobre el camino; pero Régules, á su vez, envió á Villanueva á que antes se posesionase de aquel punto, lo que hizo el valiente jefe, protegiendo á vivo fuego la retirada de los republicanos.

Entretanto Régules con su pequeña columna fué á colocarse frente al enemigo. Verlo De Potier, y lanzar sobre él el regimiento de húsares, dos escuadrones de argelinos y la contraguerrilla de Jorge Alejandro, fué obra del momento.

Régules fingió que retrocedía. "Las caballerías de éste me perseguían á todo escape (me contaba el mismo general), corrían tan desaforados, que me parecían los que van á quitar la espuela á los novios."<sup>1</sup>

De repente el general mandó tocar media vuelta: se detuvo en el paraje donde está el puente de San Isidro. Presentó en batalla su infantería, en los momentos en que su caballería y quince infantes se emboscaban allí cerca. Régules rechazó la carga de los ginetes imperialistas, y en ese acto los infantes emboscados hicieron por el flanco de los fugitivos una descarga que aumentó la confusión de éstos. Entonces salieron los chinacos de caballería y fueron lanceando franceses por más

<sup>1</sup> Alusión á una costumbre en el casamiento de rancheros.

de un cuarto de legua. Al regreso vieron á algunos húsares que vagaban á caballo, dispersos aquí y allá. "¡A lazarlos!" gritaron los chinacos; pero ¿cuál no sería su sorpresa al ver que aquellos hombres estaban muertos, sostenidos por correas á los arzones de la silla? Con razón no habían visto caer á ninguno de los heridos franceses, en tanto que habían hallado en el suelo veinte cadáveres de los contraguerrilleros *mexicanos*.

Se venía ya la noche. El general emprendió lentamente su retirada, siguiendo también el camino de Quiroga.

A poco, sus exploradores le avisaron que una partida del enemigo se acercaba por retaguardia. Esto sucedía al franquear los terrenos montañosos de Zipiajo. Allí entre dos *mogotes* colocó Régules en emboscada á sus doscientos infantes y siguió con la caballería, al ruido de cuyas pisadas marchaban los franceses, creyendo no haber sido sentidos, merced á las profundas tinieblas que reinaban. A su tiempo dió media vuelta la chinaca y se echó sobre los contrarios, cambiando con ellos un fuego nutrido, al mismo tiempo que comenzaron á retaguardia los disparos de la infantería emboscada; los franceses, pensando que eran los suyos, gritaban que cesase el fuego, y comprendiendo luego que estaban cortados, entraron en espantoso desorden y huyeron á incorporarse al grueso de la columna. Allí quedaron muertos más de cuarenta de los invasores y se les hicieron veintitrés prisioneros. De Potier, bramando de cólera, tomó el camino de Pátzcuaro, desde donde dirigió al prefecto de Morelia el parte de su *victoria*, concebido en los siguientes términos:

"Tengo el honor de suplicar á vd. ponga en conocimiento de la población que hoy, á la una de la tarde, he dado alcance en Huaniqueo á las fuerzas de Régules, compuestas de *tres mil quinientos hombres*. Después de un empeñado y vigoroso combate en que la caballería francesa se ha distinguido por su arrojo extraordinario, el ejército de Régules ha sido completamente derrotado y perseguido á balazos y cañonazos *hasta las siete y media de la noche*, no obstante una fuerte lluvia. Sólo la noche ha podido salvar á esta fuerza de su total y completa destrucción. Las pérdidas del enemigo en esta acción se elevan á *quinientos* hombres entre muertos y heridos, y ha tenido

además *setecientos* dispersos de su infantería. La nuestra consiste en quince muertos y veinte heridos.—Coronel, *conde De Potier*.”

Este brillante parte no fué creído ni por los mismos imperialistas. En Morelia se burlaba de él públicamente el barón Vander Smissen,<sup>1</sup> y lo cierto es, que De Potier no tuvo un ascenso ni mereció condecoración alguna por este hecho de armas.

Régules alcanzó á incorporarse esa misma noche con el grueso de la División y entró en Quiroga á las once. Ni jefes ni soldados habían tomado alimento alguno en el curso del día. Por fortuna los habitantes de la villa, patriotas y decididos por la libertad, al escuchar en medio del sueño el rumor de una tropa, se levantaron, y antes de media hora el soldado preparaba su rancho y los jefes y oficiales recibían de las familias humilde, pero abundante cena: la plaza se vió invadida de vendedores, é iluminada por multitud de hachones de ocote, parecía animado *tidnguis* en víspera de una gran fiesta.

El general ordenó á los trescientos guerrilleros de Guajuato que volvieran al terreno en que expedicionaban, y él con sus mil seiscientos hombres emprendió el camino de regreso á Tacámbaro, no siendo ya posible atacar á Morelia, pues era seguro que los franceses se dirigirían á aquella plaza. Régules abandonó á Quiroga en la mañana del día 25: al llegar al rancho de Paredones tuvo que detenerse allí, pues que gran parte de la columna de De Potier pasaba de Pátzcuaro, rumbo á la capital, por la calzada del Obispo. Esta fuerza conducía muchas camillas de su ambulancia ocupadas por los heridos franceses en la acción del puente de Huaniqueo y en la de Zipiajo.

Ya que había pasado esta tropa, el general Régules mandó detener un *chinchorro* de burros que seguía el mismo camino, hizo que montaran en ellos los prisioneros que traía consigo y les dijo que quedaban en absoluta libertad, pudiendo ir á reunirse con sus camaradas. Los franceses lanzaron exclamaciones de alegría, azotaron sus burros y se fueron á escape, entonando la Marsellesa.

<sup>1</sup> “México á través de los siglos,” tom. V., pág. 710.

Informado De Potier de que en Morelia había agentes de los republicanos para ayudar á Régules en su proyectado ataque sobre esta plaza, dirigió desde Pátzcuaro un oficio al prefecto político D. Antonio del Moral, en que le decía: “Señor Prefecto:—Cuando marché sobre Régules sabía muy bien que él tenía intención de ir á atacar á Morelia en connivencia con tres ó cuatrocientos hombres de la ciudad que debían procurar sorprender la guarnición en sus cuarteles.—Hay pruebas de este hecho y algunos arrestos han tenido lugar; pero no se han podido aprehender sino algunos desgraciados: no me contento con esto, *quiero* los jefes del complot. Suplico á vd., pues, busque á los culpables, *sin ruido*, sin llamar la atención y que *me los remita*. Haga vd. arrestar á la familia de Pueblita, á sus criados y á las personas que tienen costumbre de frecuentar esa casa.—Hágales vd. poner en cuartos separados é interrógueles de manera que se descubra la verdad.—Luego que la investigación esté terminada, le suplico me envíe las diligencias respectivas: haré reunir entonces una corte marcial *francesa* para juzgar á los que se han hecho culpables del crimen de conspiración.—Llamo muy particularmente la atención de vd. sobre los deberes de la policía, en circunstancias tales como las que acaban de presentarse. Ella debe sernos de grande utilidad, ocupándose imperiosamente de sus funciones, y obrando así, descubrirá fácilmente los complots de los enemigos del orden y del bien público.—Reciba vd., Señor Prefecto, las seguridades de mi consideración.”

El tono de este oficio no es el del vencedor que se inclina á la generosidad con sus enemigos; es el lenguaje inspirado por el despecho de quien acaba de sufrir una derrota y que, impotente respecto de sus contrarios en la lucha, desea saciar su venganza en los inermes é indefensos.

Es verdad que había en Morelia agentes del general Arteaga que desempeñaban satisfactoriamente diversas comisiones. Sin la nota de De Potier, acaso el prefecto político habría procedido contra ellos; pero la insolencia en las palabras del jefe francés y su amenaza de someter á los culpables á una corte marcial extranjera, es decir, de condenarlos á muerte, suble-

varon en el Lic. del Moral los sentimientos de decoro en cuanto á su propia personalidad y de conmiseración respecto de los agentes á quienes perseguía De Potier. Del Moral no sólo no procedió contra ellos, sino que trató de salvarlos de la ferocidad de aquellos sangrientos tribunales, para cuyo noble fin empleó diversos modos. Hay quien recuerde todavía con inmensa gratitud la generosa conducta de aquel caballero. Al oficio que se acaba de insertar, contestó el día 26 diciendo: "que la comisión á que se refería en su nota no le era posible desempeñarla por ser extraña á sus facultades, por no ser compatible con el decoro de la autoridad que ejercía y porque sería altamente alarmente para los habitantes de la capital de Michoacán, que verían en tal hecho, subvertido de un golpe el orden legal, y amenazadas en consecuencia sus garantías: que las operaciones que deseaba el señor comandante De Potier, bien podría practicarlas por sí mismo, según el tenor de sus facultades, ó encomendarlas á la policía, ó bien á la autoridad judicial que procedería con más circunspección y tino en casos tan graves." <sup>1</sup>

En vista de este oficio insistió De Potier con fecha 28: "Estamos en una situación en que es preciso frecuentemente hacer á un lado las cuestiones de forma para llegar á un resultado más pronto y sobre todo más conforme á las necesidades de la posición. En virtud de este principio, tengo el honor de suplicar á vd. se sirva no hacer caso de las observaciones del juez de lo criminal, que nada tienen que ver con las instrucciones que he enviado á vd. en mi carta de 25 de Abril último.—Debe vd. arrestar á todas las personas que le parezcan sospechosas, y yo decidiré de su suerte á mi llegada á Morelia."

El Señor del Moral acordó el día 30 la siguiente contestación: "Dígase que por crítica que sea la situación, el que suscribe no puede ni debe traspasar la línea de sus facultades, ni dará jamás el escándalo de atropellar la ley, debiendo ser el primero en respetarla; que ya tiene manifestado á S. S. que ha hecho renuncia de la prefectura, asegurándole que insistirá hasta que se le admita; pero que si aún en los pocos días que pueda permanecer en el mando, se juzgare conveniente su se-

<sup>1</sup> Zamacois.—Historia de México.

paración, podrá hacerlo dejando encargado del gobierno al prefecto municipal."

Como se ve, la actitud del Sr. del Moral, siempre digna y cada vez más enérgica, había llegado á tal punto, que era de preverse una pronta solución, respecto de su renuncia. Los conservadores de Morelia, aquellos que no eran ciegos partidarios del clericalismo, deseando que se prolongase la permanencia de aquél en el puesto que desempeñaba, dieron á entender á Maximiliano que quien aconsejaba á del Moral la actitud hostil contra el gobierno, era su secretario, el Lic. Alejandro Ortega, cuyas conexiones con el alto clero eran muy conocidas. Esto bastó para que el Ministerio de Gobernación ordenase *de parte del Emperador* al prefecto de Morelia, el reemplazo del secretario y de los oficiales primero, segundo y tercero de la Secretaría. He dicho que Ortega poseía un carácter independiente, un corazón honrado y generoso, instrucción y una inteligencia clara. Impuesto de la nota del Ministerio, puso en el acto su renuncia, que aceptó el prefecto, resuelto como estaba á separarse él mismo muy pronto de su encargo. Al avisarlo al gobierno imperial, dijo: "En cuanto á los oficiales primero, segundo y tercero, debo informar á V. S. que están en posesión de sus empleos sin haberseles removido y sin que hayan renunciado sus destinos, sino que continúan desempeñándolos con celo, lealtad é inteligencia, por cuyas cualidades no han desmerecido la confianza de esta prefectura."

En la forma debida comunicó del Moral el nombramiento que había hecho en la persona del Lic. D. Francisco Lama para que sustituyese á Ortega, lo que no fué del agrado del *emperador*, puesto que, en nota de 25 de Abril, le decía el *Ministro de Gobernación*: "El gobierno de S. M. ha tenido á bien disponer que diga á vd. que no aprueba el nombramiento hecho por esa prefectura en el Lic. D. Francisco Lama, para jefe de su Secretaría." Del Moral contestó, en acuerdo de 5 de Mayo: "Dígase al Ministerio de Gobernación que la probidad incontestable de D. Francisco Lama, su sincera y firme adhesión al orden existente, y su recto juicio para el conocimiento y despacho de los negocios, me decidieron á nombrar-